

El día que fuimos a mirar la nieve

Ya montados en el carro, papi tuvo que ir al baño de urgencia, de manera que perdimos otros veinte minutos. Roberto y yo nos acomodamos en la parte de atrás, cada uno en su ventana. Mami nos advirtió que ya sabíamos lo que pasaría si no nos estábamos quietos. Y al decirlo, mostró las largas uñas inmaculadamente manicuradas y pintadas de rojo oscuro con las que en más de una ocasión nos había llevado los cantos, forma absoluta de ganar control inmediato sobre nuestras personas. Papi regresó y nos pusimos en camino.

...Nos movíamos cuatro pies cada media hora y, con el calor y la falta de una brisita, el interior del carro estaba pegajoso como un baño de vapor. Roberto se puso a matar indios, porque ese día le había dado por ponerse su ropa de vaquero, completa con sombrero de ala ancha y cinturón con revólver. ¡Zas! y allí caía un indio y ¡zas! allí caía otro indio, hasta que mami, fijándose en las miradas de horror que los ocupantes de otros baños de vapor nos dirigían, se viró enérgica, lo agarró por el brazo y le dijo que se dejara de jueguitos, que era mala educación apuntarle a la gente, y más con un revólver, que qué se iban a creer, que ella no había salido para pasar vergüenzas, y si no se controlaba nos regresábamos ahí mismito, ¿verdad Casimiro?

...

Como si lo hubiera conjurado, apareció un espacio y papi, rabioso, metió
20 el carro con una sola vuelta del volante. —¿Estás seguro de que es legal?
—preguntó mami, siempre temerosa de la ley. —Vete al carajo, contestó papi,
que ya no estaba para cuentos. Nos apeamos, papi y mami caminando al
frente, él con su guayabera y ella con un chal sobre los hombros, por si acaso,
como ella decía. Roberto y yo íbamos agarrados de la mano, él dando saltitos
25 y tratando de despegarse los pantalones de vaquero, que se le habían conver-
tido en instrumento de tortura, mientras que yo batallaba con el *sweater*, que
me parecía una túnica de hormigas. Era casi mediodía.

Ya en el parque nos abrimos paso a través de la multitud que se apeloto-
naba en una dirección solamente, aguantando los chillidos, no sé si de ex-
30 citación o de angustia, de millones de muchachitos vestidos con *Levis*, *cor-
duroys*, guantes y hasta unas raras gorras rojas con moñas de colores. Y en el
medio, blanca, o casi blanca, brillante, pero ya medio aguada, la nieve. Me
zafé y corrí hacia ella, llenándome los pantalones de barro en el proceso,
porque el agua derretida se mezclaba en los pies de la muchedumbre con tierra
35 de todas partes de la isla. Toqué la nieve. No era gran cosa; se me ocurrió que,
si quería, podría hacerla en el *freezer* de casa, o jugar con el hielo hecho polvo
de las piraguas. ¿Tanto lío para esto? Pero obviamente mi actitud crítica no
era compartida. La gente estaba loca con la nieve. Le daban vuelta a la pila
con los ojos desorbitados, mientras que los nenes chapoteaban en el fangal o
40 posaban para las *Kodaks* de los padres. A un lado, en una tarima, la benefac-
triz del pueblo, que había hecho posible el milagro y mi desencanto, movía su
hermoso moño blanco, sonreía, y se echaba fresco con un abanico de encaje.

Evidentemente la frescura del espectáculo no había mejorado el humor de
papi porque lo llegué a ver, casi púrpura, con mami al lado, aguantando a
45 Roberto, que chillaba desconsoladamente con los pantalones caídos sobre las
rodillas. Quise darme prisa y, llegando a donde estaban, resbalé, quedando
sentado a cinco pulgadas de las uñas de mami, quien se limitó a levantarme,
inspeccionar las ruinas de mi *sweater*, y comentar: —Esperen que lleguemos a
casa. Para colmo, cuando al fin logramos recordar dónde papi había dejado el
50 carro, lo encontramos con un *ticket* incrustado en una ventana. Papi lo
recogió, se lo metió en el bolsillo y exasperado se volvió a mami: —¡Bueno,
m'ija, otra idea brillante de tu partido y me meto a estadista!